

los jóvenes ante el poder estatal adopta formas distintas en Oriente que en Occidente, de acuerdo con la situación inicial. Pero la «negativa», en sentido marcusiense, es tanto aquí como allí un medio de expresar esa actitud.

En los países socialistas los primeros síntomas de un movimiento juvenil independiente comienzan a manifestarse tras la muerte de Stalin, en 1953, y sobre todo a partir de los sesenta. Estos síntomas se presentaron con mayor intensidad en los llamados Estados «satélites» de la URSS.

En Polonia, por ejemplo, el movimiento estudiantil se hizo eco del espíritu antisoviético desde que se frustraron las esperanzas de alcanzar una mayor libertad que se despertaron en septiembre y octubre de 1956.

En 1968 la insatisfacción y descontento general se exteriorizan. Cuando el drama nacional, «Dziady» es prohibido por el gobierno, doscientos estudiantes se manifiestan en signo de protesta. Cincuenta fueron detenidos.

El documento teórico más importante, inspiración y base idealógica del movimiento juvenil en Polonia, es el texto de Jacek Kuron y Karol Modzelewski, «Carta al partido», en el que se afirma que Polonia no es un país socialista ya que el poder se encontraba en manos de un partido único y monolítico dirigido por una burocracia monopolística.

El 8 de marzo, manifestación masiva. La milicia invade el «campus». Tres días de lucha. El 21 de marzo se inicia una «sentada» que dura otros tres días. Como estas actuaciones no tienen ningún efecto los estudiantes regresan a las aulas.

El 68 en Yugoslavia se caracterizó por la rápida y positiva reacción del Gobierno ante las reivindicaciones de los estudiantes que incluían mejoras sociales como la eliminación de las diferencias salariales y la elevación del nivel de vida de obreros y estudiantes.

El 3 de junio se produce una manifestación «monstruo» en la que 1.300 estudiantes y 9 policías resultan heridos. Un mes más tarde el gabinete servio y el Parlamento federal, reunidos en sesiones extraordinarias, deciden acceder a las principales exigencias de los estudiantes.

El 11 de junio la situación se normaliza en la Universidad de Belgrado y de otras ciudades y se reanudan las actividades académicas.

En Praga, la primavera del 68 era una fiesta. Estudiantes y trabajadores celebraban de la mano la conquista del socialismo democrático. Pero la primavera de Praga fue abortada precozmente el 21 de agosto por los carros de combate de la Unión Soviética. En noviembre todos los estudiantes del país —unos 60.000— y muchos profesores se declaraban en huelga durante cuatro días y organizaron sentadas y manifestaciones para salvar al menos algo de lo que se había conseguido en la época de Dubcek. Los obreros de las

cinco principales fábricas de Praga se les unieron con una huelga simbólica de un cuarto de hora.

El último gesto de rebeldía del pueblo checoslovaco fue el del estudiante, Jan Palach que se convirtió en antorcha viva en la plaza de San Wenceslao.

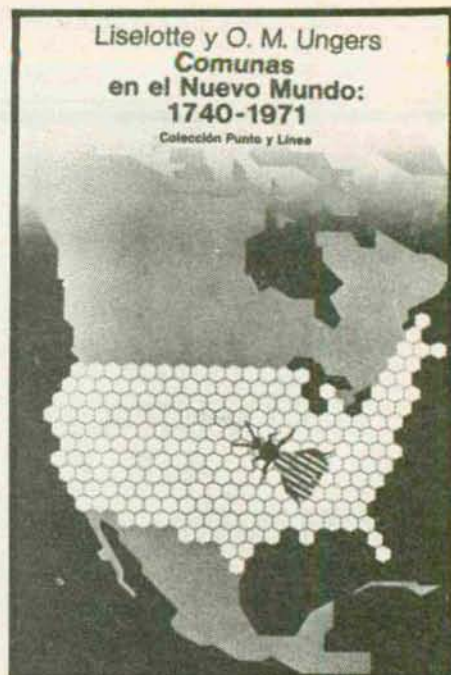
Desde los años sesenta hubo en China tumultos estudiantiles. La juventud había sido elemento activo, fuerza de choque de la revolución cultural. Pero a partir de 1967-68 se rompió la armonía entre la guardia roja que formaban los jóvenes rebeldes y los dirigentes del partido, Mao y sus colaboradores. Para asegurar la paz y el orden Mao desmovilizó la guardia roja y unos doce millones de jóvenes fueron enviados a colonizar el campo, a «bajar al pueblo y subir a las montañas», como rezaba la consigna. ■ BEL CARRASCO

## DE COMUNAS A SOCIEDADES POR ACCIONES

El comunismo —la comunidad de bienes y de servicios— pertenece, como ideal utópico al pasado, a la vez que al futuro. Al pasado, como nostalgia de una mítica edad de oro en la que no existía la opresión, ni la dominación del hombre por el hombre, ni el trabajo que encadena, sino que todo era sencillo, natural y armónico; al futuro, como sueño de una sociedad donde, abolida la propiedad privada, cada cual podrá satisfacer sus necesidades en perfecta consonancia con las de los demás.

Pero los hombres no se han limitado a soñar formas de vida y de organización comunales —desde la República de Platón hasta la Utopía por antonomasia de Moro, la Icaria de Cabet, los falansterios de Fourier o contemporáneamente, el Walden Dos de Skinner, si no que también han intentado a veces realizar esos ideales: así hicieron ciertas órdenes monásticas en el Medioevo o determinadas sectas religiosas como los anabaptistas en Centroeuropa, o los lolardos —seguidores de John Wycliffe— en Inglaterra, y más modernamente, a lo largo del pasado siglo, algunos de los llamados «socialistas utópicos», hasta llegar al movimiento contracultural californiano de los años sesenta.

Existen, por supuesto, grandes diferencias entre las comunas de inspiración bíblica o paleocristiana como las fundadas por los anabaptistas o los pietistas, y las que proyectaron a lo largo del siglo diecinueve los partidarios del socialismo precientífico. En uno u otro caso, movidos por sus ideales bien religiosos, bien racionalistas o filantrópicos, desencantados siempre de la realidad opresiva de sus



países, incluso perseguidos por la heterodoxia de su fe, numerosos europeos volvieron, durante el pasado siglo, sus ojos hacia América, nueva tierra de promisión. Y allí se dirigieron solos, la mayoría de las veces, con su familia para tratar de realizar en libertad sus viejas aspiraciones.

Las comunas fundadas por aquellos hombres en el Nuevo Mundo adoptaron las formas más diversas de acuerdo con la inspiración que les sirvió de base: en algunas, fieles a sus raíces espirituales, el gobierno tenía un carácter teocrático más o menos marcado; otras eran racionalistas y laicas; en éstas se predicaba el ascetismo y una rigurosísima moral sexual, en otras existía una gran laxitud, mientras que en aquellas se exigía castidad al varón y se permitía a la mujer elegir al padre de sus futuros hijos. Las había fuertemente jerarquizadas en su funcionamiento, y en ellas, la mujer ocupaba un papel secundario, mientras que en algunas de las comunas, niños y niñas recibían idéntica educación, se fomentaba la igualdad entre los sexos y las tareas se distribuían equitativamente entre los varones y las hembras.

Al margen de estas y otras diferencias, todas aquellas unidades de convivencia compartían, según explican Liselotte y O. M. Ungers en **Comunas en el Nuevo Mundo: 1740-1971** (1), ciertos principios: igualdad de derechos de las personas, con independencia del color de su piel (ya se ha apuntado, sin embargo, las diferencias existentes entre los sexos); abolición de la propiedad privada; fidelidad a los valores éticos de ciertas comunidades en desafío muchas veces de las normas tradicionales, y rechazo de cualquier clase de violencia.

¿Cuántos tipos de comunas funcionaron en América durante todos esos años? ¿Cómo estaban organizadas? ¿Qué tipo de economía tenían y siguen teniendo las



que subsisten? ¿Cuál era su sistema educativo y cuáles las formas arquitectónicas y urbanísticas elaboradas a lo largo de los años?

Son preguntas en relación con las cuales han reunido una serie de datos esclarecedores los autores del libro que reseñamos. Por cierto que el período que cubren acaba en 1971, es decir, justamente en el momento en que se aprecian los primeros, aunque graves síntomas de reflujos del movimiento contracultural USA, a cuyo amparo proliferaron todo tipo de comunas en los estados del Oeste americano fundamentalmente. Las causas de ese fracaso han sido analizadas en otros lugares y tienen que ver sobre todo con la incapacidad manifiesta para superar el egoísmo y las tensiones continuas entre sus miembros, la falta de comunicación real, la hostilidad del medio ambiente, e incluso el utopismo de todo el proyecto anticonsumista.

A pesar de todo, hay comunas que han logrado sobrevivir desde su fundación hace ya dos siglos, y que han alcanzado un notable grado de prosperidad económica, gracias a sus negocios agropecuarios o similares. Son casi todas ellas —como las hutteritas o las menonitas— de inspiración religiosa y están fuertemente integradas. En estas comunas, señalan los Ungers, el número de neurosis y demás disfunciones psíquicas es notablemente inferior a la media norteamericana, y entre sus integrantes no se producen delitos ni acciones criminales. Otras, sin embargo, han degenerado hasta el punto de que la vieja autocracia eclesial ha sido sustituida por un consejo de administración. Y sus miembros se han convertido en accionistas. Cosas del progreso.

■ JOAQUIN RABAGO

(1) Liselotte y O. M. Ungers: **Comunas en el Nuevo Mundo: 1740-1971** (Colección Punto y Línea), Barcelona, 1977. Ed. Gustavo Gili. Traductor: Michael Faber-Kaiser.

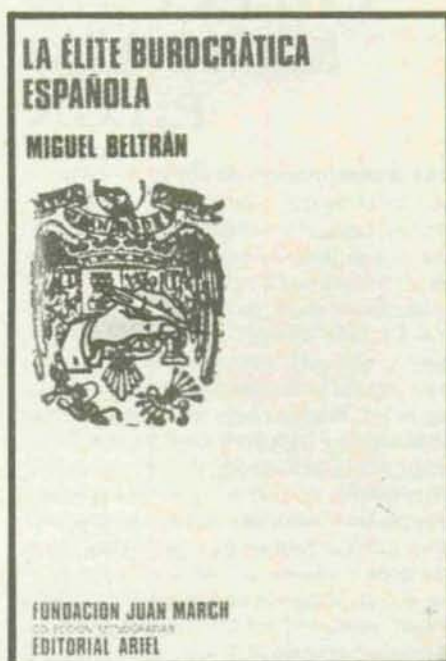
## LA ELITE BUROCRÁTICA

El sesenta por ciento de los funcionarios superiores de España salen de Madrid y de la zona centro, a pesar de que ahí sólo reside el veintisiete por ciento de la población. Andalucía y Extremadura, con casi el veinticinco por ciento de la población total no dan más que el trece por ciento... Estos datos salen de una encuesta patrocinada por la Escuela Nacional de Administración Pública de Alcalá de Henares, realizada en 1967.

Sobre ella ha trabajado el profesor Miguel Beltrán Villalva, doctor en Derecho y el mismo técnico de Administración civil. El resultado de su trabajo es un interesante libro («**La élite burocrática española**») publicado en la colección «Monografías»

por la Fundación Juan March, en colaboración con la editorial Ariel. (sobre este ver **Tiempo de Historia**, n.º 35: **Para cambiar la Administración Pública**).

Forman esa élite los funcionarios de cuerpos superiores de la Administración, aquellos para los que se exige titulación universitaria o de escuela técnica de grado superior. Dos notas características en ellos señala Beltrán. Profesionalización burocrática, de una parte; de otra, diferenciación burocrática. Por la primera, el funcionario gracias a la despolitización adquiere de hecho la inamovilidad en su cargo. Por la diferenciación el funcionario se ve integrado en grupos diversos: son los cuerpos de funcionarios «altamente dife-



renciados entre sí en un plano formal, con una tradición de privilegio consagrada, incluso, por las normas vigentes, estratificadas en función de puros criterios históricos y de poder, y con un predominio de pautas particularistas»...

De ahí el llamado espíritu de cuerpo. Sus consecuencias sociales son enormes: «los cuerpos en la administración española no son solamente un instrumento de selección y ordenación de la carrera y destinos de los funcionarios, sino un elemento estructural básico sobre el que se asienta de hecho la organización y la acción administrativa y, posiblemente antes que nada, agrupaciones organizadas de intereses de grupo, no es de extrañar el énfasis que normalmente se pone en la expresión 'espíritu de cuerpo'... Y esto llega a tales extremos que según Bernal los funcionarios se sienten primero miembros de un cuerpo que funcionarios. Es decir, que en la fracción prima el numerador sobre el denominador común. Y, sigue el profesor Beltrán, que entre ellos hay «una perceptible falta de sensibilidad ante la función pública en su conjunto y un alto grado de particularismo, fragmentación y tensión entre los distintos grupos».

La mentalidad jurídico-administrativa, la satisfacción con el puesto, la religiosidad, etc... son otras facetas estudiadas por Beltrán en este ensayo. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## HISTORIA DE UN FRACASO

Los ocho meses siguientes a la muerte del General Franco es el espacio de tiempo que tuvo el primer Gobierno de la Monarquía recién instalada para realizar el tránsito de un sistema totalitario a otra de talante democrático. De diciembre de 1975 a julio de 1976.

Era evidente que tanto por circunstancias de tipo económico y político internacional, el paso debía ser decidido y firme hacia la instauración de un sistema democrático formal de corte occidental. También era evidente que los hombres que debían conducir el tránsito no podían ser los de la etapa franquista. O por lo menos, el sector más puro e inmovilista del mismo. Carlos Arias, hombre de confianza de la familia Franco y de la oligarquía financiera no liberal del país, no era la persona que debía desempeñar el timón. El fracaso fue estrepitoso y notorio. Fueron ocho meses perdidos en un mar de confusiones, retrocesos y contradicciones. La serenidad y la lógica de todo un pueblo evitó la ocasión del derrumbe de la esperanza en un futuro democrático.

¿Qué pasó en esos meses? ¿Cómo se vio la situación y sus alteraciones desde los niveles del poder ejecutivo? ¿Cuáles fueron las iniciativas de la reforma y del cambio democrático? ¿Cómo se presentó ante la opinión internacional y en especial al mundo de Occidente la naciente Monarquía? A estas y otras preguntas viene a responder el libro (1) de José María de Areilza, conde de Motrico, ministro de Asuntos Exteriores del primer Gobierno de la Monarquía recién instalada.

El texto está redactado cronológicamente, en forma de diario, como el relato de un viaje por la actualidad de cada día y sin posibilidad de detenerse en el análisis profundo de las situaciones a las que hace referencia. El estilo es ágil, ameno y sereno. La fina pluma de Areilza se hace patente. El diario, como el propio autor señala, tiene un cierto valor como documento sincero y directo de un período de la historia de este país que tuvo trascendencia política y con el que comenzó una nueva era en la organización de nuestra convivencia moderna democrática. Aquel período tuvo tal densidad de acontecimientos y fue tan vertiginoso el proceso acelerado de la movilización popular de la sociedad, que fue equivalente al de varios años de otras épocas rutinarias de nuestra existencia. De todos modos, salta la sospecha de que Areilza no cuenta todo lo que sabe. Es extraño que un ministro importante de un Gobierno no refleje en su diario hechos y circunstancias que tuvieron gran repercu-